

**Orduña Carson, M. (2024). *La Fiesta de la República. Cultura Política en tiempos de Juárez (Ciudad de México, siglo XIX)*. Universidad Nacional Autónoma de México & Grano de Sal. 226 pp.**

Benjamín Marín Meneses  
Universidad Autónoma Metropolitana – Unidad Iztapalapa  
[benja\\_marin21@outlook.com](mailto:benja_marin21@outlook.com)

Miguel Orduña Carson, profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM se ha destacado por realizar importantes investigaciones sobre Historia social y problematización historiográfica, sobre todo en los volúmenes colectivos que, junto a Alejandro de la Torre, coordinó. Entre ellos se encuentran: *Historia de anarquistas* (2017), *Educación primero al hijo del obrero* (2023) y *Ecos y destellos de la Comuna de París* (2025). Para la ocasión, *La Fiesta de la República. Cultura política en tiempos de Juárez (Ciudad de México, siglo XIX)* se presenta como un libro de autoría única, tal como lo hizo en el pasado con *Tratado de cultura política comparada: la cofradía colonial y las mutualidades en el liberalismo* (2020).

Lo anterior es necesario destacarlo porque, al no contenerse con el paginado estipulado por un capítulo de volumen colectivo, Orduña Carson tiene la oportunidad de pormenorizar su investigación. En la contraportada se señala que, de acuerdo con palabras de Stefan Zweig y Aleksandr Solzhenitsyn, basta con relatar 24 horas para dar cuenta de toda una cosmogonía. Aunque no rivalizo con dicha interpretación, en una visión general de la obra, considero que el autor realiza un esfuerzo similar al de Georges Duby en *El domingo de Bouvines*: metodológicamente, el día sirve de punto de partida de la investigación, pero no es el centro de esta. Por el contrario, Orduña, al igual que Duby, sólo utiliza el día en que sucedió el evento estudiado – el de una fiesta o el de una batalla –, para profundizar en temáticas más amplias que ayudan a entender la cultura del momento. Duby enfatiza la importancia del sentimiento caballeresco, pero también cuenta las motivaciones de los contendientes, las emociones de los guerreros, la organización de los ejércitos, lo cual trasciende el domingo en que luchó Felipe Augusto de Francia contra Otón IV del Sacro Imperio Romano Germánico, Guillermo de Salisbury y Fernando de Portugal.

En el caso de Orduña, sucede algo parecido. Las fiestas por el quinto aniversario de la Batalla del 5 de mayo fueron el pretexto para analizar un objeto de estudio colectivo y específico; el artesanado, personificación del pueblo mexicano que fue convocado a la celebración de la “segunda Independencia”. Pero lejos de ser un anecdotario de la vida cotidiana, Orduña problematiza al artesanado para explicar las transformaciones políticas y sociales enarboladas por Benito Juárez, tras vencer a Maximiliano de Habsburgo y restaurar la República. En consecuencia, esta no es una historia de la festividad, mucho menos militar – aunque el libro inicia con disparos de salvas y se enmarca en una conmemoración marcial –, sino una de conflicto; pues el artesanado, lejos de permanecer inmóvil, participó activamente en la política de la Ciudad de México decimonónica.

Aunque el autor no lo refiere, mi lectura infiere una inspiración foucaultiana en el desarrollo de la obra. Lejos de considerarlo un punto de convergencia, pienso que el análisis influido por Foucault es una estrategia interpretativa que abona a que la historia narrada no sea unidimensional; por el contrario, Orduña logra aterrizar múltiples capas analíticas que enriquecen el estudio: la microfísica del poder y el ejercicio de éste en la cotidianeidad de los artesanos nos entender cómo eran las relaciones de poder efectuadas en el México juarista. Desde simples actos, como los códigos de vestimenta – que diferenciaban al artesanado del resto de habitantes de la Ciudad –, hasta las demarcaciones geográficas y el uso del espacio público, son desglosados de tal forma que revelan la compleja vida política decimonónica.

Así, minucias como el objetivo de los brindis o la cercanía que los artesanos tuvieron con el presidente durante el gran banquete ofrecido en la Alameda, o la lejanía al ser excluidos del Teatro Nacional, revelan la manera en que el ejercicio de poder operaba: incluía y marginaba, a partes iguales, dependiendo del momento y de la importancia del evento. Juárez invitaba a creer en la unión solidaria de todos los miembros de la república al incluir a los trabajadores dentro del festín, pero reforzaba el elitismo al hacerlos parte del espectáculo teatral, no como observadores, sino como parte de la oferta artística – ya que un coro de artesanos deleitó los oídos de las élites gubernamentales.

La gubernamentalidad, en efecto, tal como lo detalla Foucault, se aplicó, en el caso de estudio presentado por Orduña. Las estrategias políticas y jurídicas gobernaron las conductas del pueblo, haciendo que los festejos del 5 de mayo estuvieran, en apariencia, al alcance de todos. Pero en la masificación de la celebración, se mantuvieron

los lugares de poder. Y el triunfo de las armas republicanas se transfiguró en el sentimiento de independencia que abrazaron, enérgicamente, los pobladores. Así, mediante el acto festivo, grandilocuente y teatral del poder soberano, se atomizó su ejercicio sobre los cuerpos individuales de los mexicanos, embriagados por el patriotismo y el pulque. Retomo el ejemplo de la vestimenta y del banquete popular, por ser uno de los apartados mejor logrados en *La Fiesta de la República*. La Alameda, en 1868 no era un espacio abierto para libre acceso del transeúnte: al contrario, se trataba de un jardín cercado en el que sólo algunos tenían oportunidad de transitar. Para la conmemoración del 5 de mayo, nos cuenta el autor, se oficializó un banquete popular, en el que se abrió el recinto, con la intención de que una representación del pueblo compartiera alimentos con el presidente y su séquito. Pero la entrada no era, en absoluto, permitida a cualquiera: mediante una elección se escogieron a los artesanos que acompañarían a Juárez. Y no podían asistir con sus prendas del día a día: se solicitó que llevaran una vestimenta decente, y no los harapos con los que trabajaban.

De este modo, la representación del pueblo no era una real: se trataba de una suerte de ingeniería de la delegación. Porque eran miembros de los círculos artesanales, pero se les quitaba toda señal de su pertenencia social. Para ser aceptados, debían acatar las normas sanitizantes de vestimenta. Al ingresar a La Alameda, se les limpiaba cualquier rastro de pobreza. Al interior del banquete, sus lugares no tenían preponderancia: estaban marginados de las mesas centrales. Orduña nos detalla toda una instrumentalización social que, en esencia, era englobante, pero, al mismo tiempo, aislante. Esas eran las condiciones de la microfísica del poder: despertar sentimientos de familiaridad entre gobernantes y gobernados, pero dejando intacta la demarcación social.

La cotidianeidad, aunque esgrimida en algunas partes del libro, no rebasa las intenciones del autor. De este modo, *La Fiesta de la República* y los horarios de su programación son sólo el marco espaciotemporal que nos ubica en el mundo que Orduña desmenuza. Y en esto deseo detenerme un momento, porque la estructura del libro podría sugerir que la vida cotidiana se presentaba como una galería de sucesos lúdicos que evidenciaban las particularidades de aquel 5 de mayo. Por el contrario, los datos y detalles que el autor plantea son únicamente el vínculo para entretejer una historia más profunda. Para detallar este ejemplo, recurro al capítulo “Cuatro de la tarde”. Aunque este apartado abre con el momento en que la fiesta saldría del banquete y se extendería a las calles, para

el disfrute del pueblo, su centro de gravedad se encuentra en la reconstrucción de la sociabilidad moderna.

El problema bosquejado por Orduña no es menor, porque para sustentar la sociabilidad, primero es menester, tal como se detalla en el libro, aproximarnos a cómo los artesanos, durante el siglo XIX, se agrupaban en torno a sus oficios. El repaso histórico nos remonta a la época de la insurgencia, cuando se decretó la libre práctica industrial sin exámenes o necesidad de pertenencia gremial. Esto no es fortuito, ya que rompe con la asociación colonial de vínculos artesanales – antaño aglomerados por los gremios – y abre camino a una nueva forma de experimentar y vivir la convivencia, en un mundo que mutaba a entendimientos liberales e individualizantes de la asociación. El capítulo, aunque todavía bajo influjo foucaultiano, se abastece del enfoque de historia social que E. P. Thompson, entre otros, desarrollaron para estudiar la sociabilidad obrera en Inglaterra. En su lucha por mantener tradiciones organizativas, y empujados a abandonar las cofradías y los gremios, el artesanado adoptó el mutualismo como forma asociativa. En otras palabras, los trabajadores dejaron atrás las imposiciones administrativas del Estado para, mediante la propia voluntad, reunirse en procuración de los intereses que les eran propios de su comunidad. Así nacieron nuevos espacios, autogestionados, de convivencia, donde el artesano reafirmaba una identidad de trabajador honrado, más amplia y con menos limitantes. En consecuencia, agrupaciones como el Círculo de Obreros, la Sociedad Artístico Industrial y el Congreso Obrero – incluso otras asociaciones no mencionadas por el autor, como La Social, liderada por Plotino Rhodakanaty –, nacieron para representar al conjunto de los trabajadores – y no sólo a una fracción de los mismos.

Como causa lógica del cambio, la prensa obrera surgió a manera de sitio intelectual en el que exponer inquietudes; pero también reafirmar alianzas o emprender polémicas y conflictos con otras organizaciones – y con el gobierno mismo. Aunque Orduña se concentra en periódicos como *El Hijo del Trabajo* o *El Socialista*, lo cierto es que existieron un sinnúmero de publicaciones destinadas a la defensa del trabajador y a la divulgación ideológica – mayoritariamente, pero no en exclusiva, de cariz socialista, entre las que también destacan *La Comuna* (1874), más adelante renombrada *La Comuna Mexicana* (1875) y *La Internacional* (1878). El análisis de prensa, aunque no es un

objetivo del autor, se realiza correctamente y ejemplifica la puesta en imprenta de los sentires, emociones, exaltaciones e ideologías del proletariado mexicano.

A manera de conclusión, puedo decir que *La Fiesta de la República* es un libro innovador, por su metodología expositiva e interpretativa; necesario para refrescar la historiografía del artesanado mexicano. No rivaliza con otra historiografía del tema, como la construida con gran acierto por Sonia Pérez Toledo y Carlos Illades, entre otros; sino que la complementa, en el sentido de atender las dinámicas organizativas de los hijos del trabajo en un momento importante para la subjetivación del mexicano.

Celebro la decisión implícita del autor de no abandonarse a la vida cotidiana – siempre interesante, pero también compleja y a veces carente de una adecuada interpretación – y de privilegiar, en cambio, un análisis que matiza lo que significó la celebración del 5 de mayo en un contexto en que las relaciones sociales se transfiguraban. Dar cuenta de los cambios y las conflictividades, a mi entender, abona más al debate historiográfico que la simple recreación de un evento. Retomo, con esto, lo dicho en las primeras líneas escritas: *La Fiesta de la República* es una adaptación bien calibrada – aunque con otro objeto de estudio – de *El domingo de Bouvines* de Georges Duby. Narrar los sucesos de un día es un ejercicio historiográfico válido, cuando es efectuado con el cuidado y el rigor que caracteriza al medievalista francés; y continuado con acierto y pulcritud por Miguel Orduña.